

*Isla de Ellis, 3 de noviembre de 1954.*  
*Las diez, esta mañana*

Es por el mar que todo ha sucedido. Por el mar, con aquellos dos barcos que un día atracaron en esta orilla. Para mí, nunca se marcharon, y espolearon la vitalidad de mi ser y de mi alma con sus anclas y arpones. Todo lo que creía que había obtenido se vio reducido a cenizas. Dentro de unos días, por fin me libraré de esta isla que ha devorado mi vida. Ya no tendré nada que ver con este lugar, del que soy el último guardián y prisionero. Habré acabado con esta isla, por mucho que no sepa casi nada del resto del mundo. Solo llevo dos maletas y unos pocos muebles conmigo. Baúles de recuerdos. Son toda mi vida.

Solo me quedan nueve días, ni uno más, antes de que los hombres de la Oficina Federal de Inmigración vengan a cerrar de una vez por todas el centro de la isla de Ellis. Me avisaron de que llegarían pronto, muy pronto, el viernes que viene, el 12 de noviembre. Juntos, daremos una vuelta por la isla y examinaremos el lugar. Les entregaré todas las llaves que poseo —de puertas, verjas, almacenes, bodegas, oficinas— y partiré con ellos hacia Manhattan.

Entonces, será hora de que cumpla con las últimas formalidades en uno de esos edificios de cristal y acero en los que, de lejos, las ventanas se parecen a las incontables celdas de una colmena gris vertical, un lugar que solo he pisado

una decena de veces en todos estos años, y, después, por fin seré libre. En todo caso, eso es lo que me dirán, con esa mezcla de tristeza y envidia que uno utiliza para hablar con un colega que, a partir de un día y una hora en concreto, ya no forma parte del grupo ni comparte nada de lo que, día tras día, se había convertido en una especie de vida común, compuesta de preocupaciones y objetivos más o menos compartidos. Una persona abandona la manada, como un animal viejo que se retira para morir, y la tropa tiene que continuar sin ella. En general, una ceremonia deprimente marca ese momento. Discursos puestos en común, recordatorios de proezas compartidas, cerveza, *whisky*, palmaditas en la espalda, promesas de futuros negocios que todos se sienten obligados a hacer y que se olvidan de inmediato. Luego, la persona por la que celebramos regresa a casa haciendo esos, con una caña de pescar o una caja de herramientas en la mano. También me gustaría evitar todo eso. Una pequeña vivienda que he heredado de mis padres me espera en Brooklyn, en el barrio de Williamsburg. Está compuesta por tres pequeñas habitaciones llenas de todos sus muebles, que no he tocado, y su vida entera está reflejada entre aquellas paredes, con fotos, baratijas y vajillas. Para ser sincero, aborrezco la idea de ir a vivir allí; ya tengo bastante con mis recuerdos para encima tener que acarrear también con los suyos, pero es el sitio donde nací, no tengo ningún otro lugar al que ir y no creo que nada de eso sea importante ahora.

Todavía me quedan nueve días para deambular por los pasillos vacíos, las plantas en desuso, las escaleras desiertas, las cocinas, la enfermería y el gran vestíbulo, donde solo resuenan mis pasos desde hace mucho tiempo.

Nueve días y nueve noches hasta que tengan que llevarme a la tierra firme del continente, a la vida del resto de las personas. Y eso es tanto como decir nada, por lo que a mí respecta. ¿Qué sé yo a día de hoy de la vida de las personas? Creo que la mía ya es lo bastante oscura, como un libro

que pensamos que nos resulta familiar, pero que después descubrimos que está escrito en otro idioma. Aún tengo la sorprendente urgencia de escribir, no sé para quién, sentado en esta mesa que ya ha perdido toda utilidad, entre carpetas, dosieres, lápices, reglas y sellos, sobre mi historia. Una historia que durante algunas décadas se ha fundido con la de la isla de Ellis, aunque son mis sucesos personales los que me gustaría mencionar, por difícil que me resulte hacerlo. Creo que los historiadores ya se encargarán del resto.

Aquí, estoy rodeado de gris, de agua, de cemento y de ladrillo. No he conocido prácticamente ningún otro paisaje que el del río Hudson, con el perfil en el horizonte de los rascacielos que se han ido alzando, enredando y acumulando a lo largo de los años para formar la rígida e inmutable jungla que conocemos hoy, con los barcos y los ferris en el puerto a sus pies y la Estatua de la Libertad, o *Miss Liberty*, como la llaman a veces los inmigrantes europeos al verla, de pie en su pedestal de piedra, con su vestido verde grisáceo, majestuosa, con una expresión seria y los brazos extendidos sobre las olas.

Sea cual sea la estación del año, el agua siempre adquiere un tono gris, como si el sol nunca consiguiera iluminarla en profundidad, como si alguien hubiera deslizado un material opaco bajo la superficie que impidiera que los rayos de luz penetraran en el agua y dejaran pasar los reflejos del sol. Solo cambia el cielo. Conozco todos sus matices, desde el azul más vivo al violeta más apagado, y todas las formas de las nubes: deshilachadas, esponjosas o redondas, que le dan un carácter propio a los días.

Hoy, solo tengo autoridad sobre las paredes, la hierba y las plantas que el viento trae con él, donde los pájaros crecen libremente. Falta poco para que esto se convierta en un parque, en un terreno baldío a orillas del agua, vigilado en la distancia por la triunfal Estatua de la Libertad, apostada firmemente en su roca. A veces, me siento como si el uni-

verso entero se hubiese encogido al perímetro de esta isla. La isla de la esperanza y de las lágrimas. El lugar milagroso, destructor y regenerador a la vez, que transformó al campesino irlandés, al pastor calabrés, al trabajador alemán, al rabino polaco o al obrero húngaro en un ciudadano norteamericano después de despojarlo de su nacionalidad. Todavía tengo la impresión de que siguen aquí, como si fueran una multitud de fantasmas que flotan a mi alrededor.

Es una necesidad inexplicable para mí que me fuerza a interesarme por un pasado que pensaba que podía olvidar. Pero es en vano. Dentro de unos días, seré una de esas personas jubiladas anónimas y modestamente vestidas que viven en una calle común, en un barrio de la clase obrera de Brooklyn, en un apartamento igual que miles de otros; me convertiré en un hombre que toma el autobús, saluda a sus vecinos, alimenta a su gato y compra en el supermercado local. Sé que solo serán meras apariencias y que serán muy engañosas. No tengo hijos, ni padres ni familia. Nada, excepto recuerdos. Y son muy engorrosos. Me persiguen constantemente; todas las sombras de mi vida se han despertado en cuanto se han enterado de que me marchaba de esta isla, y solo descansarán una vez cuente su historia.

### *Las cinco, esta tarde*

Un cúmulo de imágenes me invaden la mente y me marean. Quizá dejaré el pasado atrás si consigo deshacerme de estas hojas de papel que llevan el símbolo de los Servicios Federales de Inmigración en el encabezado. El centro de la isla de Ellis. El director. Todo esto es ridículo. Solo trato de centrarme en las sombras que se han apostado a los pies de mi cama y que parecen resueltas a quedarse allí. Nueve días. Nueve noches. ¿Me dará tiempo a explicarlo todo?

Sí, es verdad que todo ha sucedido por el mar, por los barcos a rebosar de personas miserablemente apretujadas, como si fueran ganado, en la inmunda tercera clase de donde salían, aturcidos, adormecidos y vacilantes, en búsqueda de sus sueños y esperanzas. Ahora los veo de nuevo. Aquí se hablaban todos los idiomas. Era una nueva torre de Babel, pero truncada, nivelada, detenida en seco y fijada en el suelo. Una torre de Babel después de que el Dios del Génesis la destruyera, una torre de Babel de la desolación, la dispersión y el regreso de cada uno a su idioma original.

He acabado por distinguir los diferentes sonidos de todas estas lenguas, para no confundirlos y para observar los comportamientos comunes de las personas que son del mismo país o incluso de la misma región. No todos sienten el miedo de igual modo y expresan su angustia tanto en palabras como en silencios.

Había pánico y expectativas en sus miradas, y también el temor de decir algo o de cometer un acto que nunca les permitiría entrar en el paraíso, sin ni siquiera saber lo que se esperaba de ellos. Así, la mayoría de los inmigrantes se ponían sus mejores ropas antes de salir del barco para estar lo más presentables posible para afrontar el examen rutinario que los aguardaba. Los hombres llevaban camisas blancas impecables, aunque a menudo me preguntaba cómo conseguían que no se les ensuciaran después de pasar entre dos y tres semanas en el mar en unas condiciones tan sórdidas. Las mujeres vestían con faldas largas, chaquetas entalladas y corsés de colores claros. Pisaban tierra firme con las mudas de las que más se enorgullecían en sus países nativos y que aquí nos hacían ser conscientes de la diferencia que existía entre su universo y el nuestro. Eran blusas anchas y ceñidas por la cintura, chalecos bordados, toques de piel, caftanes largos y negros, gorras de *tweed*, pañuelos sobre la cabeza o mon-tones de collares de cuentas de colores o coral. Los mundos